

LA SOTA DE ESPADAS

© José Luis Sánchez Iglesias, 2026

© Grupo Dauro, 2026

Primera edición, noviembre de 2026

«Reservados todos los derechos de conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Grupo Dauro

www.grupodauro.com

info@grupodauro.com

Depósito legal: GR 1349-2026

ISBN edición impresa: 979-13-992927-0-1

Impreso en España — Printed in Spain

Hacía calor, mucho calor. Era una tórrida tarde de verano en la que era difícil respirar y, a aquella hora, a pesar de que el sol ya estaba cerca del horizonte para fundirse con él, la temperatura seguía siendo muy alta. La ciudad permanecía desierta; desde primera hora de la mañana, la gente que podía y tenía dónde, la había abandonado en busca de lugares más frescos, fuera del asfalto que amenazaba con derretirse y dejar pegados en él a los transeúntes que se atreviesen a circular por él, como en aquella historia de terror que de niño había visto en la televisión, en blanco y negro, pues entonces todavía no había llegado a los hogares la televisión en color. En el asfalto se iba hundiendo el protagonista de aquella historia, ante la indiferencia de los que pasaban por allí, hasta desaparecer completamente tragado por aquel. Ahora no había ese riesgo, nadie circulaba por la calle y ni siquiera los gorriones o vencejos habían salido de sus nidos a revolotear ruidosos, como habrían hecho cualquier otra tarde.

El inspector Íñigo Rocasolano permanecía tumbado en el sofá de su casa, un sencillo y pequeño apartamento situado en el centro de la ciudad, justo al lado de la Plaza Mayor, por el que pagaba una buena parte de su sueldo, soportando aquella tarde soporífera de domingo, haciendo, de vez en cuando y entre cigarrillo y cigarrillo, una visita a la ducha para refrescarse por fuera y al frigorífico para tomar una cerveza bien fría y refrescarse por dentro. Ya llevaba varias, duchas y cervezas, y el calor no remitía. La ventana de la habitación permanecía abierta esperando una

bocanada de aire fresco que no llegaba y en su lugar, a través de ella, se colaban las voces e imprecaciones de los parroquianos de la terraza del bar de abajo, que mataban la tarde y el calor con una partida de cartas y unas cuantas copas, como todas las tardes de domingo. Como música de fondo, la última canción de moda que el aparato de música de algún vecino repetía constantemente y que se temía que no conseguiría sacarse de la cabeza en mucho tiempo, pues su música, pegadiza y repetitiva, llevaba sonando toda la tarde. ¿Es que acaso no tenía más canciones? Tentado estuvo de acercarse a su tocadiscos, porque él era de los que todavía tenían tocadiscos y discos de vinilo, y poner alguno de los muchos que coleccionaba y que ahora solo se escuchaban en algún programa de los de música de hacía tiempo. Sin embargo, decidió que era mejor volver a pasar por la ducha de agua fría y coger otra cerveza del frigorífico que, por cierto, tendría que reponer, pues ya era la última.

Cuando cerró el grifo de la ducha, le pareció oír, entre la canción del verano que una vez más volvía a oírse y las «cuarenta en copas» que uno de los jugadores de la partida de la terraza de abajo había cantado, el sonido del teléfono móvil, pero cuando quiso acabar de secarse y llegar hasta donde lo tenía, este había dejado de sonar. Miró la llamada. Era del subinspector Antonio Heredia y, por lo que la pantalla reflejaba, no era la primera vez que le había llamado esa tarde. Tenía otras dos llamadas suyas. Debía de ser importante y supuso que la tranquilidad y el aburrimiento de aquel domingo caluroso se esfumaban por la ventana de aquella habitación. Se dirigió al dormitorio para vestirse mientras devolvía la llamada al subinspector. Este debía de tener el teléfono en la mano pues apenas si dio tiempo a que sonara.

—Jefe...¿dónde te metes? ¡Llevo toda la tarde llamándote!

—Pues en casa, pero es la primera vez que oigo tu llamada.

—Estarías dormido, aunque con este calor, no sé cómo puedes hacerlo...

—Venga, al grano, porque no creo que me llames para ver cómo estoy pasando la tarde.

—Pues no. Tenemos un «fiambre» en el barrio de Huerta Otea. Vente cuanto antes, aunque... no creo que tengamos mucho que hacer.

—¿Por qué lo dices?

—Ven y ya lo verás —y el subinspector Heredia colgó el teléfono después de haberle dado la dirección completa.

El inspector se quedó pensativo, extrañado por la contestación de su compañero. ¡Serían bobadas de Antonio! Y terminó de vestirse rápidamente. No necesitó poner la sirena y las luces centelleantes para llegar antes al lugar donde había aparecido el «fiambre», en el barrio de Huerta Otea. Este era uno de los barrios modernos que habían surgido a partir del último «boom» inmobiliario en las afueras de la ciudad, concretamente entre el cementerio y el río Tormes. Era un barrio de pequeños adosados o apartamentos de dos plantas como mucho, habitados por gente de clase media que trabajaba en la ciudad y que volvía al barrio terminado el trabajo, por lo que la tranquilidad durante el día era su característica principal. No ocurría lo mismo durante los fines de semana o en los periodos vacacionales pues la población infantil era numerosa y escandalosa. Los padres soltaban a sus retoños en los patios o jardines que los adosados y apartamentos tenían en torno a una pequeña piscina y se acababa la tranquilidad de aquellos otros vecinos que querían disfrutar de esta, por lo que las voces y las broncas no eran infrecuentes. Mas como la ciudad seguía desierta a aquella hora y el tráfico casi nulo, tan solo alterado por los primeros domingueros que regresaban de pasar el día fuera de la ciudad, el inspector Íñigo Rocasolano no tardó en llegar a la dirección que le había dado su compañero Antonio y que el GPS le indicó con claridad. Desde luego, y a pesar de alguna que otra jugarreta, esos aparatitos modernos habían demostrado su eficacia para llegar a los sitios sin tener que estar dando vueltas y preguntando y el inspector, mientras paraba su coche junto al coche celular de la policía que impedía el paso al garaje del edificio, se preguntaba qué era lo que hacían antes de que se inventasen tales aparatos para llegar a los sitios sin perderse.

El agente de policía, al reconocerle, le saludó y levantó la cinta que impedía el paso para que el inspector entrase en el garaje.

—El juez de guardia ya ha llegado y está dentro. Es al fondo del garaje a la derecha.

El inspector dio las gracias al agente y se dirigió hacia la rampa del garaje. Al final de esta giraba a la izquierda y observó al fondo a un grupo de personas entre las que se encontraba el juez, un hombre de mediana edad, que ya conocía de otras diligencias y que normalmente no ponía

dificultades a su trabajo, sino más bien al contrario, dando toda clase de facilidades. También había un fotógrafo haciendo fotos al interior de uno de los cuartos de la derecha. Y es que aquel largo garaje se dividía en compartimentos cerrados que, sin duda, correspondían a cada uno de los apartamentos de aquel bloque de viviendas. El subinspector Antonio Heredia al verle salió a su encuentro.

—Jefe —Antonio siempre le llamaba jefe —creí que no iba a ser capaz de localizarte. No sé cuántas llamadas te he hecho.

—¿Qué es lo que tenemos? —le preguntó el inspector sin tener en cuenta su comentario.

—Una joven, no creo que llegue a los cuarenta y para mí todo el que no ha cumplido esa edad ya sabes que lo considero joven porque...

—Al grano, Antonio, no te pierdas por los cerros —le interrumpió el inspector mientras llegaba hasta donde estaban el juez, el secretario judicial y el fotógrafo y, tras saludarles, se asomó a ver qué era lo que tenían.

—Marga ha ido a averiguar quién era, ver si vivía aquí y si tiene familia. Los de la científica ya están avisados pero no podemos tocar nada, ni mover un pelo y mucho menos levantar el cadáver aunque el juez nos dé la autorización.

El inspector Rocasolano, que se había inclinado sobre el cadáver, después de colocarse unos guantes de látex, se volvió sorprendido e intrigado hacia Antonio.

—¿Qué es eso de que no podemos tocar nada ni mover un pelo? ¿Acaso tiene que ver con eso? —y el inspector señaló un naipe que el cadáver tenía sujeto en la boca: la sota de espadas.

—Efectivamente. Cuando informamos al comisario de lo ocurrido, porque tú no me cogías el teléfono, y le describimos lo que había, el comisario dijo que no tocásemos nada hasta que él nos lo dijese. No habían pasado ni cinco minutos cuando nos llamó y dijo que no tocásemos nada, absolutamente nada. Que los de la científica hiciesen su trabajo pero sin alterar nada, absolutamente nada. Había llamado a Madrid y enviaban un par de inspectores para hacerse cargo del caso. Por eso te dije que poco podíamos hacer nosotros.

El juez, el secretario judicial y el fotógrafo ya habían terminado su trabajo.

—Íñigo, nosotros ya hemos terminado. Por nosotros ya se puede levantar el cadáver, aunque ya me ha dicho Antonio que se van a encargar del caso los compañeros de Madrid. Un asunto feo. Si necesitáis cualquier cosa ya sabes dónde me tenéis.

—Gracias, señoría. Le mantendremos informado.

El inspector siguió inclinado sobre el cadáver fijándose en el naípe que la víctima mantenía en la boca y en el corte de derecha a izquierda que tenía en el cuello, que parecía haberle seccionado la yugular y que, con toda probabilidad, parecía la causa de la muerte de aquella joven. Como le había indicado Antonio, la mujer no llegaría a los cuarenta años; de cabello rubio, seguramente teñido, tenía una cara agradable aunque en aquellos momentos tenía un desagradable rictus en ella, pero no había ninguna duda de que era una muchacha de físico agraciado, con un esbelto cuerpo de exuberantes formas, que un vestido ajustado y bien ceñido al cuerpo hacía resaltar. El inspector le observó las manos. Tenía varias uñas rotas y arañazos, lo que indicaba que la muchacha se había defendido de su agresor o de sus agresores. Pero el vestido no presentaba signos de haber sido dañado por lo que probablemente no había sufrido agresión sexual, algo que la autopsia, cuando se la realizasen, les podría confirmar. Para tener la yugular seccionada no había casi sangre en torno al cuerpo por lo que el inspector dedujo que no lo habían hecho allí, sino que se habían limitado a trasladar el cuerpo hasta el garaje.

El inspector se incorporó y se quedó mirando a su compañero Antonio.

—¿Entonces piensan que puede ser una víctima más del «asesino de la baraja»?

—¡Eso parece! —comentó el subinspector.

—¿Y tú qué piensas? —le preguntó.

—Jefe, cuando los mandamases intervienen... yo no pienso. Me limito a hacer lo que me mandan. No quiero tenerme que jubilar antes de tiempo como le pasó a Javier.

El inspector Íñigo Rocasolano asintió con la cabeza. Le resultaba triste, muy triste, evocar el asunto de la jubilación anticipada del que, hasta no hacía mucho tiempo, había sido uno de los miembros de su equipo, el subinspector Javier García. Este, por una vez en su vida, desobedeció una orden dada directamente por el comisario jefe respecto al seguimiento y

detención de un político, uno de los mandamases de la política provincial. El subinspector García, en contra de su forma habitual de actuar, estaba tan convencido de la culpabilidad del político, las pruebas eran tan abrumadoras en su contra, que desobedeció la orden de su superior y detuvo al político. Desgraciadamente se equivocó, a pesar de las pruebas tan abrumadoras en su contra y hubo que dejarlo en libertad. Pero el daño a la imagen del político ya estaba hecho y este quería que alguien pagase por ello. El inspector Rocasolano quiso correr él con la responsabilidad; después de todo el subinspector García era un hombre de su equipo y, aunque había procedido a la detención del político sin informarle y sin su consentimiento, no era cuestión de dejarle a los pies de los caballos. Pero el subinspector no lo permitió y él solo se autoinculpó, pidiendo la jubilación anticipada para retirarse del cuerpo. El comisario jefe ya tenía un pagano que presentar a los políticos y así salvar su puesto y al asunto se le echó tierra para que se olvidase.

Sin embargo, al inspector Íñigo Rocasolano le quedó muy mal cuerpo y un extraño amargo sabor de boca. No habían sido aquellos años muy afortunados, ni profesional ni personalmente.

—Ya está aquí Marga —exclamó el subinspector Heredia, interrumpiendo los pensamientos del inspector.

Margarita Seisdedos era la subinspectora que había sustituido al subinspector Javier García, ocupando su lugar. Una mujer que ya no cumplía los cuarenta, por lo que para el subinspector Antonio Heredia ya no era joven. Sin embargo, se conservaba muy bien, seguramente debido al mucho deporte que practicaba y también, por qué no, a alguna que otra sesión en las clínicas de estética. Morena, con una melena corta que se movía al compás de sus movimientos al caminar, era una mujer tranquila y muy observadora, no dando nunca nada por supuesto, hasta que no podía comprobarlo personalmente. A ella, seguramente, nunca le hubiese pasado lo que le ocurrió al subinspector Javier García. No habría detenido al político hasta que no hubiese tenido encima de la mesa todas las pruebas y aun así, las habría comprobado una vez más. Se compenetraba bien con el inspector Rocasolano pues ponía un punto de sensatez y tranquilidad a las corazonadas y sensaciones por las que el inspector en muchas ocasiones se dejaba llevar.

—¡Hola, Íñigo! —le saludó cordial al llegar donde estaban el inspector y el subinspector. —Por lo que veo ya has aparecido. Tenías preocupado al pobre Antonio que ya se temía que te hubiese pasado algo.

—¡Ya le conoces! Deformación profesional. Siempre se pone en lo peor. ¿Sabes algo de la difunta?

—Pues sí, algo sé, aunque supongo que habrá que seguir raspando para ver que aparece debajo de la primera capa. De momento he averiguado que se trata de Carmen Cifuentes, tiene treinta y cuatro años, por lo que Antonio la incluirá dentro de su grupo de jóvenes.

La subinspectora Seisdedos hizo una pausa para consultar sus notas que había tomado en una pequeña libreta y prosiguió.

—Está casada y... aquí viene lo bueno, ¿a que no adivináis con quién? El inspector y el subinspector se miraron encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no nos lo dices tú?

—¡Con Baldomero García!

—¿El jefe del partido que gobierna el Ayuntamiento local? —preguntó el subinspector Heredia.

—¡El mismo! —confirmó Marga.

El inspector Rocasolano dio un buen silbido.

—Me temo que la cosa se complica y las presiones van a venir por todos los lados.

—En este caso a nosotros nos va a dar igual. Serán los de Madrid los que tendrán que soportarlas, porque será sobre ellos sobre los que recaiga el peso de la investigación —comentó el subinspector Heredia.

—Si se confirma que es el mismo asesino en serie que ya lleva siete muertes en Madrid y sus alrededores, por supuesto, pero habrá que confirmarlo.

—Bueno, ¿queréis que siga con lo que he averiguado o nos da lo mismo y se lo dejamos para los compañeros de Madrid?

—No, sigue Marga —le dijo el inspector.

—Vale. Pues la tal Carmen Cifuentes trabaja... mejor dicho, trabajaba en el Hospital Clínico. Era la jefa de administración...

—¡Tan joven! —la interrumpió el subinspector Heredia.

—¡Para eso es ... mejor dicho, era, la mujer de un poderoso político! —comentó el inspector Rocasolano.

—¿Quizá estuviese capacitada y se lo mereciera! —exclamó la subinspectora. —No hay forma de que olvidéis en casa esa costra de machismo que os envuelve y que os acompaña a todas partes. Sigo, si a los caballeros les parece bien. No tiene hijos y utilizaba este apartamento como segunda vivienda, pues la primera es un suntuoso chalet que tienen fuera de la ciudad. Eso es lo que he encontrado a primera vista. Ahora habría que seguir raspando para ver si hay algo más, si es que nos dejan —y señaló con un movimiento de los ojos al principio del garaje donde habían aparecido el comisario y el comisario jefe que se dirigían hacia ellos.

Los dos hombres, acompañados de varios policías uniformados, se acercaron al grupo del inspector y saludaron con un leve movimiento de cabeza. Eran los dos de mediana estatura y ya lucían canas en sus sienas. En realidad, el comisario jefe era el único sitio en el que las lucía pues el resto de la cabeza brillaba profusamente, seguramente como consecuencia del calor, y sin un solo pelo. A pesar de lo caluroso de la tarde los dos hombres vestían traje y corbata, eso sí, de tela muy ligera y de buen corte, probablemente confeccionados a medida. Echaron una ojeada al garaje donde se encontraba el cuerpo de la mujer, pero sin entrar en él.

—¿No han llegado todavía los compañeros de la científica? —preguntó el comisario.

—No —contestó el subinspector Antonio Heredia —Han llamado diciendo que se retrasarían un poco pues estaban terminando de examinar otro lugar.

—Cuando aparezcan, que hagan su trabajo pero sin alterar nada hasta que lleguen los inspectores de Madrid. Nos han informado que ya están de camino.

—¿Y el forense? —preguntó el inspector Rocasolano —¿Puede realizar su trabajo?

Los dos comisarios se miraron. Era evidente que no sabían qué contestar.

—Que espere. Los inspectores de Madrid vienen directamente por lo que no tardarán en llegar. Cuando lo hagan se harán cargo del caso y ustedes quedan relevados del mismo.

—¿Y si resulta que no tiene nada que ver con «el asesino de la baraja»? —preguntó el inspector Rocasolano.

Una vez más los dos comisarios se quedaron desconcertados. Era evidente que en ningún momento se habían planteado esa posibilidad.

—Ya lo decidirán los compañeros de Madrid. Si ocurriese eso ustedes volverían a hacerse cargo del caso —contestó el comisario jefe.

—Entonces tendremos que iniciar las investigaciones ya. Ya se sabe que en estos casos las primeras horas después de haberse cometido un crimen son primordiales para su esclarecimiento...

—Ustedes esperen a que lleguen los inspectores de Madrid, hasta entonces no hagan nada —exclamó el comisario jefe visiblemente molesto y dando media vuelta se alejó del lugar seguido del comisario.

Marga y Antonio miraron, con una leve sonrisa reflejada en sus labios, al inspector Íñigo Rocasolano.

—Jefe, me parece que los has cabreado —comentó el subinspector Heredia.

—¡Para eso les pagan! Para cabrearse y contentarse.

El inspector miró al fondo del garaje. Los dos comisarios estaban a punto de desaparecer tras la curva al tiempo que se cruzaban con los compañeros de la científica y el forense que ya llegaban.

—Marga, vete a raspar más sobre la vida de la víctima y sobre su marido, a ver qué encuentras. Antonio, tú te quedas aquí con los compañeros de la científica y el forense. Necesitamos saber rápidamente la hora exacta de la muerte. Y esperas a los compañeros de Madrid. Cuando lleguen me llamas.

—Pero jefe, ¿no has oído lo que han dicho los jefazos? No podemos hacer nada.

—No, no he oído nada y por eso me voy para no ver el trabajo que hacen. Que lo realicen a fondo.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó la subinspectora Seisdedos.

—Voy a documentarme bien sobre «el asesino de la baraja». Lo que sé es lo que he leído en la prensa.

—Te acompaño hasta comisaría.

Se cruzaron con los compañeros de la científica y el forense y, tras saludarse y comentar lo atareada que tenían la tarde —se había ahogado

un joven en el río y habían estado trabajando en el caso hasta entonces —preguntaron qué era lo que tenían allí.

—Heredia os informará. Eso sí, procurad alterar lo menos posible el lugar pues estamos esperando a unos inspectores de Madrid que vienen a hacerse cargo del caso.

Los compañeros y el forense se miraron extrañados pero nada dijeron y el inspector Rocasolano y la subinspectora Seisdedos abandonaron el garaje.

—¿Hemos informado ya al marido de la víctima? —le preguntó a su compañera.

—No hemos podido localizarle. Lo volveré a intentar dentro de un rato —contestó Marga.

—¿Has traído tu coche? —preguntó el inspector.

—Sí.

—Pues me voy contigo. El mío lo voy a dejar aquí ya que tendré que regresar dentro de un rato.

—¿Y cómo piensas volver?

—¡Ya me traerá un coche celular! ¡Que yo sepa eso no es ningún delito y a mí no me pagan la gasolina!

La subinspectora rio la ocurrencia.

—¡A mí, tampoco!

—¡Pero yo soy tu jefe! —exclamó jocoso el inspector, aunque a la subinspectora Seisdedos no pareció hacerle mucha gracia pues no le rio la broma.

En el trayecto de vuelta a la comisaría ya encontraron más tráfico, sobre todo en las avenidas que bordeaban la ciudad y que se colapsaban con los vehículos de los que habían pasado el día fuera y a aquellas horas regresaban a sus domicilios. La subinspectora Seisdedos conducía en silencio, concentrada en el tráfico, como si aquello fuese lo más importante de su vida. No era muy corriente verla tan callada pues normalmente era una mujer muy locuaz.

—Estaba pensando que quizá no haga falta que averigües más sobre la víctima...¿cómo dijiste que se llamaba? —comentó el inspector Rocasolano.

—Cifuentes, Carmen Cifuentes. ¿Y eso por qué? —preguntó la subinspectora.

—Si se hacen cargo los compañeros de Madrid, ya se ocuparán ellos de averiguar todo lo que sea necesario. Es domingo y ya se te ha fastidiado la tarde. Vete a casa con tu marido y tu hijo y termina de pasar tranquilamente el domingo. Ya tendrás tiempo mañana de seguir indagando, si es que hace falta y nos dejan. Lo único, intenta localizar al marido de la víctima, para que no se tenga que enterar por los periódicos de mañana o llame esta noche a comisaría porque su mujer no ha vuelto a casa.

La subinspectora Seisdedos no dijo nada y siguió concentrada en el tráfico que por momentos se hacía más intenso. Parecía que todos los que habían salido aquel día caluroso de verano se habían puesto de acuerdo para volver a la misma hora a sus casas. El inspector Rocasolano decidió respetar el silencio de su compañera y no hizo más comentarios. Al llegar a la comisaría, una inmensa mole, fea e impersonal, aunque moderna, la subinspectora metió el coche en el aparcamiento y lo estacionó en la plaza que tenía reservada.

—¿No me has oído lo que te dije antes? —le preguntó el inspector —Vete a casa a disfrutar lo que queda del domingo con tu familia y deja que hagamos el trabajo los lobos solitarios.

—Yo también voy a empezar a formar parte de ese grupo de lobos solitarios. Mi hijo está en el pueblo con mis padres pasando el verano y... mi marido y yo... bueno, digamos que nos hemos dado un tiempo para reflexionar, así que como ves, no tengo nada mejor que hacer.

—Lo siento —contestó el inspector —no sabía nada.

—No tenías por qué saberlo. Estas cosas no se van publicando en el boletín de la policía para que todo el mundo se entere.

—Ya... pero podía haber notado algo, algún cambio en ti. Y sin embargo te has comportado como siempre.

—Una es una profesional y sabe distinguir el trabajo de los asuntos familiares. Cada cosa tiene su lugar y no deben interferir. De todas formas, con lo despistado que eres tú, lo raro sería que hubieses notado algo.

—Te envidio —le dijo el inspector una vez que hubieron entrado en la comisaría, mientras pulsaba el botón del ascensor que les subiría a la tercera planta donde tenían su despacho y la sala de trabajo. —Cuando mi última pareja y yo decidimos poner fin a nuestra relación, estuve una

temporada hecho polvo, arrastrándome por todos los sitios y sin ser capaz de concentrarme en el trabajo.

—Sí, lo recuerdo pues fue cuando yo me incorporé a esta unidad. Pensé que me había tocado en suerte un jefe que no estaba en sus cabales, aunque más que en sus cabales parecía que estabas en el reino de Babia. Luego ya me dijo Antonio la situación por la que estabas pasando y, poco a poco, esta se fue normalizando.

—¡Ese Antonio! Siempre se va de la lengua. ¿Qué es lo que te dijo?

—Pues... —la subinspectora pareció titubear —... que acababas de romper una relación y que no estabas en tu mejor momento.

—Efectivamente, no lo estaba, puesto que era mi segundo fracaso y uno empieza a plantearse muchas cosas.

—¿Duró mucho esa relación?

—No, no había durado mucho. Se inició al poco de llegar yo aquí, a la ciudad, y curiosamente, había sido la principal sospechosa de un asesinato que estábamos investigando. Luego resultó que era inocente y terminamos juntos... hasta que el trabajo se interpuso entre nosotros.

Habían llegado a la tercera planta y se dirigieron directamente a la máquina de café que allí había. Iba a ser una noche muy larga y era preciso cargar las pilas.

—Lo cierto es que los policías tenemos difícil compaginar la vida profesional con la familiar —comentó la subinspectora mientras removía con una cucharilla el café para disolver el azúcar —Debemos estar disponibles las veinticuatro horas del día y nunca sabemos cuándo se inicia nuestra jornada de trabajo y mucho menos cuándo se acaba. Entiendo que para nuestras parejas tiene que ser duro, pero ¿qué podemos hacer?

—¿Eso es lo que te ha ocurrido a ti?

—En mi caso se han juntado una serie de circunstancias que, quizá por separado, hubiesen podido superarse, pero cuando coinciden todas al mismo tiempo dan al traste con la relación.

—Bueno, si os habéis dado un tiempo, quizá sirva de reflexión y se pueda solventar.

La subinspectora sonrió, pero era una triste sonrisa.

—Cuando una pareja se da un tiempo de reflexión es que, le da pena cortar ya y, simplemente, aplaza un tiempo la decisión definitiva.

El inspector Rocasolano se encogió de hombres. ¿Qué podía decir? Así que terminó de tomarse el café.

—Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar. Al menos, de momento, parece que servimos para esto y por ello nos pagan. Voy a ver qué encuentro en Internet sobre «el asesino de la baraja» antes de pedir información a Madrid.

—¿Y crees que te la darán? —preguntó la subinspectora que también terminaba de apurar su café.

—¿Y por qué no iban a hacerlo? Estamos todos en el mismo bando. Nosotros somos los buenos.

—Pero ya conoces cómo es la gente y algunos la información que tienen no quieren compartirla.

—Esperemos que este no sea el caso. Acuérdate de llamar al marido de la víctima.

—Sí, es lo primero que voy a hacer.

Frente al ordenador de su despacho, buscando todo lo que se había publicado, el inspector Rocasolano oyó como Marga hablaba por teléfono. Al parecer había conseguido localizar al marido de la víctima. Él, por su parte, iba guardando en una carpeta todo lo que se había publicado sobre «el asesino de la baraja». Así había bautizado la prensa al más que probable autor de siete asesinatos ocurridos en el último año, todos ellos en Madrid o en los pueblos de la provincia. En todos, la víctima era una mujer, relativamente joven, que aparecía degollada y con una carta de la baraja española en la boca. La primera víctima tenía el as de espadas y a partir de ahí se habían ido sucediendo las cartas de la baraja correspondientes al palo de espadas. La última que se había encontrado había sido el siete de espadas, antes de la que habían encontrado aquella tarde con la sota de espadas en la boca. No era de extrañar que se hubiese pensado, rápidamente, que se trataba del mismo asesino que seguía con su macabro juego. En los periódicos las cábalas y elucubraciones que se hacían sobre las causas que podían guiar al asesino eran muchas, pero totalmente gratuitas, al menos por lo que se observaba en la prensa. Indudablemente los investigadores tendrían muchos más datos, por lo que era preciso conocerlos para hacerse una idea. El inspector Rocasolano supuso que los dos investigadores que habían mandado para ver lo ocurrido allí aquella tarde serían los que llevarían el caso del «asesino de la

baraja», por lo que le pareció inútil llamar a Madrid a pedir más información. Sin su autorización, no se la proporcionarían, así que decidió esperar a que llegasen a la ciudad y pudiese hablar con ellos.

La subinspectora Seisdedos golpeó con los nudillos la puerta del despacho del inspector y entró directamente.

—Íñigo, ya he conseguido hablar con el marido de Carmen Cifuentes —le dijo mientras se sentaba en la silla que había frente a la mesa del despacho.

—¿Y bien?

—Se ha quedado de piedra. Por un momento creí que se había desmayado pues no dijo nada. La realidad es que pensó que alguien le estaba gastando una broma pesada. Ha estado todo el fin de semana en la convención de su partido que ha tenido lugar en Segovia.

—¡Entonces tiene una buena coartada!

—Efectivamente, tiene una buena coartada. Él no ha podido ser el autor material del crimen. Pero ya sabes que existen los sicarios y hay tantos que por unos pocos miles de euros te quitan del medio a todo aquel que te estorbe.

—Sí, ya lo sé. Bueno tendrás que seguir raspando en la vida de ambos, en la de la víctima y en la de su marido.

En aquel momento sonó el móvil del inspector.

—¡Dime, Antonio!... ¡De acuerdo! Voy ahora mismo.

El inspector guardó su móvil y se puso en pie. Era Antonio.

—Ya han llegado los investigadores de Madrid. Voy a verles y ver qué me cuentan.

—¡Yo voy a seguir indagando! —exclamó la subinspectora.

—No, tú vete a tu casa a descansar. Mañana puede que sea un día muy complicado y la vida de lobo solitario, al principio, es muy dura. Se necesita ser fuerte y estar en buena forma. ¡Hazme caso! Vete a casa, relájate y descansa. ¡Es una orden!

—Tú no puedes darme una orden de ese tipo.

—Yo soy tu jefe, de momento, y puedo dar las órdenes que quiera, de momento. —exclamó riéndose el inspector —Anda, por favor, hazme caso y vete a descansar. Mañana te cuento.